

Semblanza de Mario Escobar Velásquez

Lucía Donadio

A veces llega al taller con sus escritos escondidos entre los libros que trae. Cuando le preguntamos quién escribió ese texto que acaba de leernos, con timidez responde: “el hijo de mi mamá”. Su barriga parece preñada de historias. Escribir es como una preñez, me dijo alguna vez. Una preñez que él va dando a luz mientras escucha el sonido de la quebrada y el canto de los pájaros que atiborra de bananos en la terraza donde consiente a las clavellinas, para luego enclaustrarse a alimentar a sus criaturas. Preñeces de años como los 25 que tardó en escribir el cuento “Sabor a fierro”, en el que retrata cómo la violencia se ensaña con los más débiles, los civiles. Su cabello gris parece la cima soleada de uno de nuestros nevados, que seguramente lo habrá hecho llorar de emoción al contemplarlo, con esa mirada honda, insondable, que escarba lo que ve, como queriendo no olvidarlo nunca. Esas cejas espesas como bosque no me han dejado ver el color de sus ojos, que miran hurgando en las profundidades del alma, para luego inundar con frases hermosas, tramas interesantes y personajes con profunda caracterización las novelas y cuentos que sus manos hilan. Escribe con esos dedos gordos como murrapiños trabajadores. Manos que han

trasegado la vida, esa materia infinita e inescrutable a los libros; manos curtidas y veloces; manos que hacen vino de naranja y que amasan historias con la misma pasión con que un buen panadero amasa el pan. Manos que penden de esos brazos que abrazan a la mujer y al hijo como si fueran las ramas del cedro guino. A los talleres llega siempre antes de tiempo, como un capitán de barco dispuesto a zarpar. Se dirige a sus grumetes con amor, firmeza y humor. Sin escrúpulos nos llama “dientelata”, “frente de acantilado”, “glabro” o cualquier otro vocablo que se le ocurra. Desde el primer día comienza a zarandear la nave, incluso antes de que el barco leve anclas. Palimpsesto, hipálage, fungible, garlar fueron las primeras velas que enarboló en los mástiles ante nuestros perplejos rostros. “Traigan cinco frases con cada una de estas palabras y busquen treinta títulos posibles al cuento que acaban de escuchar...y el que no alcance a hacerlo, mejor no venga la próxima semana”.

Algunos huyen asustados. Otros permanecemos en la nave, vamos descubriendo que detrás de ese avezado capitán se esconde un auténtico maestro que ama enseñar y que convierte el frío pizarrón

en altar donde el verbo se hace carne. Enamorado de la palabra, seduce con historias como Marimonda, travesía por la selva llena de colores, sensaciones, olores y sorpresas, donde los cocorós y jujús de las marimondas se escuchan como en la selva. En Marimonda brotan ríos de ternura, esa que se esconde detrás del Mario rígido y altanero y que aflora en sus textos.

Cuando lo veo caminando hacía el salón de clases, pienso en Tereso que me hizo llorar, en mi negro, en Nila, en Aláin, ese maestro en el que se encarna él mismo como en ningún otro personaje, aunque ha confesado ser vengativo como Tereso y peleador como mi negro. Recorro el camino de Cuando pase el ánima sola y me alegra cuando confiesa que escribió ariquite y se sonroja reconociendo su error. Nos cuenta que fue grumete como nosotros, y que con tesón, disciplina y talento navega por esos mares anchos y profundos de donde surge la literatura, buceando en aguas que casi tocan las entrañas de la tierra, sin más escafandra que el lápiz y el papel.

A veces se traga las palabras como un niño asustado, haciéndonos recordar a ese niño que todos llevamos dentro, hasta que algún “dientelata” o “frente de acantilado” le pide que hable más claro. Intuyo que como buen escritor, navega mejor en ríos de palabra escrita. Nos enseña el amor por el diccionario, ese océano de palabras cuya riqueza y variedad es infinita. Y comparte con Borges que decía “cada palabra es una obra poética”. También nos enseña a leer despacio y a releer

tantas veces como sea necesario, sin tragarse palabras desconocidas, saboreando cada frase, cada párrafo, cada historia; buscando entre líneas los amarres del texto y la belleza de la frase. Celoso de sus libros, como si fueran su mujer, no los presta a nadie pero se deleita hablando de ellos, y transmite esa pasión, incitando al encuentro de nuevos autores, de obras valiosas, de lecturas que abrazan. Escucha con oído de músico nuestras primeras páginas, con paciencia de relojero corrige los errores, con ojos de lince verifica el significado de las palabras que usamos, con rabia de campesino protesta ante las inconsistencias y con alma de maestro anima a seguir en la tarea.

*Lucía Donadío. Escritora, dirige un taller de escritores en la Universidad Eafit. Este breve texto fue escrito en 1998 como un ejercicio para el Taller de Escritores de Mario Escobar Velásquez, del cual hizo parte.